

todos del alemán al castellano, y todos sobre tema informático. Me atreví a preguntarle dónde encontraba traductores para ese par de lenguas (y esa especialidad tan abstrusa).

—Es fácil: son esposas de ejecutivos o jubilados alemanes, que no tienen nada que hacer en todo el día. Al cabo de pocos meses me enteré de la suspensión de pagos de esta audaz empresa que aprovechaba de tal modo el “tiempo libre” de damas llenas de la buena voluntad del amateur, pero carentes de profesionalidad.

(...) Carlos era un escritor, que además traducía. Con todo el empeño y toda la precisión que requiere un oficio como éste. Y siendo padre de familia numerosa, jamás aceptó incorporarse como catedrático a la Universidad, para disfrutar de la mesurada tranquilidad que ofrece la percepción del salario docente de un titular de cátedra. Le fueron hechas ofertas de este tipo, y nunca las aceptó.

(...) Su labor más “pública”, como miembro y secretario del jurado de los premios literarios más importantes del ámbito hispanohablante, aparentemente no tenía nada que ver con su

trabajo de traductor. En mi opinión, sin embargo, su familiaridad con obras escritas en alguna de las principales lenguas románicas o germánicas le otorgaba una autoridad que ponía en manos del lector de sus traducciones un bagaje muy rico. A diferencia del sujeto monolingüe enragé, el traductor idóneo domina como mínimo otra lengua además de su lengua materna, y veces más de una.

De este modo, el traductor llega a conocer no sólo una lengua distinta a la suya original, sino también el conocimiento de uno o varios enfoques culturales que enriquecen sus diversas Weltanschauungen. Es evidente que este enriquecimiento no se puede lograr en un par de tardes, como aseguraba un zote al gobernante de un desdichado país, que carecía del más mínimo conocimiento sobre economía.

Carlos Pujol aportaba a sus traducciones la extensa cultura adquirida a lo largo del tiempo, y sobre todo, su capacidad para hacer suyas y para examinar con objetividad las distintas concepciones del mundo que implicaban las lenguas hacia y desde las que traducía.

José Manuel Lara Bosch

CARLOS PUJOL, UN HOMBRE TRANQUILLO

Una de las cosas menos frecuentes en esta vida es encontrarte con personas a las que puedas querer, respetar y admirar a la vez. Yo tuve la suerte de que esto me sucediera con Carlos Pujol.

Todo empezó a principios del verano del 63, cuando mi padre decidió poner en marcha la edición española de la Gran Enciclopedia Larousse. Habló con una persona en la que confiaba mucho —Martín de Riquer, catedrático de la

universidad y colaborador habitual de Planeta—, y le pidió que le sugiriera alguien para dirigir esa gran obra. Martín de Riquer le propuso el nombre de Carlos Pujol.

Al mismo tiempo, yo acababa mis estudios de bachillerato y mi padre me propuso algo que me pareció muy interesante: hacer un “training” como becario en la Librerie Larousse de París aquel verano. Y ahí nos ves a Carlos Pujol, que se había casado hacía apenas un año con Marta Lagarriga y estaba a punto de cumplir fechas para el nacimiento de su hijo Guillermo, y a mí yendo a París, viviendo todos esos días en el mismo hotel, desayunando y cenando juntos, y durante el día trabajando en la redacción de la Gran Enciclopedia Larousse francesa.

Fue admirable el cariño y respeto con que aquel hombre, casado y casi padre de familia, doctor en filología románica, trató a aquel niño, pre-estudiante universitario, con el que tuvo que convivir durante días.

Con el transcurso de los años, he tenido abundantísimas ocasiones de relacionarme con él y con su mujer Marta tanto en el plano personal como también en sus muchas y variadas facetas como profesional.

Trabajé con Carlos durante los años en que fue director de la enciclopedia y lo traté como un gran, gran jefe, aunque dependía de él, lógicamente, a través de varios mandos intermedios. Con él aprendí a redactar. Y ya entonces pude ver el respeto y la consideración con que le trataban todos aquellos doctores y licenciados de gran prestigio que colaboraban en la redacción de la enciclopedia como Enric Lluch, José Millicua, José Fontana, Joan Carreras... Más allá de las indiscutibles capacidades profesionales que le reconocían,

lo que más respetaban y valoraban era su enorme calidad humana.

En su larga trayectoria profesional Carlos Pujol ha sido autor de muchas obras literarias, tanto de creación como de investigación y ensayo; obras literarias con las que, en todos y cada uno de los casos, ha conseguido un reconocimiento de la crítica literaria y del público al nivel que él entendía y buscaba.

No quiso nunca ni fue su objetivo fabricar bestsellers, pero no por ello despreció a los lectores de este tipo de obras; lo que hizo fue buscar aquel tipo de lector con el que él se sentía más identificado y con el que le resultaba más fácil comunicarse, y al final encontró al adecuado para su obra.

Era capaz de compaginar su trabajo de escritor con el de editor y asesor literario, y de juzgar con ecuanimidad y una altura de miras impresionante las obras de los demás, sin que ello impidiera que pudiera seguir trabajando en las suyas.

Supo distinguir perfectamente entre un tipo de obra, que es la que a él le gustaba crear, dirigida a un público exigente en los niveles literarios, y al mismo tiempo valorar perfectamente una novela que buscaba más los valores comerciales y el gran público. Y esto, que a primera vista parece muy fácil, ha sido siempre muy, muy difícil en el mundo editorial.

Me costaría recordar a otra persona que pudiera haber realizado durante un largo espacio de tiempo las dos funciones en paralelo y de manera tan significativa como lo hizo él durante tantos años.

Hubo otra faceta de Carlos, con la que he convivido durante muchos años, que también me produjo admiración: la de jurado de premios literarios, especialmente del Premio Planeta, del que también era secretario.

Empezaba coordinando el equipo de lectores y dándoles las pautas reales sobre lo que debían considerar como valores de una novela para optar al Planeta y poder realizar así la preselección de las obras finalistas, que son las que pasaba a los miembros del jurado. Con ellos dialogaba de manera abierta durante las jornadas anteriores, en un debate permanente sobre los méritos de cada una de las obras. Después, lo veía ya en la reunión del jurado el mismo día que se fallaba el Premio, donde se empezaba a hablar de manera oficial, y la noche del veredicto cuando no sólo estaba permanentemente con el jurado, sino que salía a dar fe de lo que se estaba decidiendo.

Es de admirar el respeto con el que supo defender sus opiniones; debatir, discrepando o no con los otros miembros del jurado con respeto a la opinión de los demás y buscar una posición de acuerdo que evitara continuas discusiones.

En todas esas ocasiones le vi hablar siempre lo justo y preciso. Cuando se dialogaba de un tema que no era su especialidad, que no dominaba, sus silencios expectantes eran espectaculares. Cuando conocía el tema opinaba con voluntad, profundidad y precisión; y eran muchos, muchos, los temas que conocía.

También le vi siempre tratar con cariño al amigo y con respeto al adversario, un respeto que llegaba a tal nivel que nunca nadie podía llegar a sentirse adversario suyo.

Pero, sobre todo, le vi dos cosas que, por infrecuentes, siempre me llamaron la atención. La primera era el gran respeto con que escuchaba a su interlocutor, que le hacía pensar a éste que lo que decía era fundamental para el futuro del mundo. Y lo hacía sin ningún ánimo ni interés particular de adulación personal para conseguir objetivos propios.

Y la segunda era la que más me sorprendía siempre de Carlos Pujol. Tengo que decir rotundamente que después de cuarenta y ocho años de conocerlo, de tratarlo frecuentemente, de verlo en miles de situaciones, algunas más fáciles, otras más difíciles, nunca le vi alterarse ni en su expresión ni en sus formas. No le vi nunca chillar, no le vi nunca despreciar nada ni a nadie, ni le vi nunca reaccionar mal, ni agresivamente, ni por el verbo ni por el gesto.

Siempre fue un hombre sereno, un hombre calmado, un hombre respetuoso y dudo que entre los miles de colaboradores de Planeta que le hayan tratado y conocido haya uno que pueda levantar el dedo diciendo que le vio un día fuera de registro o que le vio un día perdiendo los papeles.

Todo ello desde el cariño con que trataba al amigo y el respeto al adversario: Los silencios en los temas que no dominaba, la deferencia con que escuchaba al interlocutor, el no alterarse nunca ni en sus expresiones ni en sus formas y, sobre todo, esa gran serenidad que te llevaba, cada vez que hablabas con él, a un intento de simbiosis o de imitación, a un acercamiento a su personalidad que te hacía ser muy abierto y receptivo a sus posiciones y opiniones que sabía, además, que eran sinceras y bien documentadas.

Pero lo más curioso de todo es que toda esta grandeza humana y profesional la llevó con una modestia para mí no justificada. Parecía que no valoraba su obra literaria y que él, como director literario o jurado, se habría valorado con una nota muy baja.

En muchas ocasiones tenía que dar opiniones críticas duras, aunque sinceras, y lo hacía con una serenidad que rebajaba enormemente su grado de agresividad, lo que hacía que fueran mucho más digeribles para el criticado.

Fue un hombre que parecía que había decidido pasar sin ruido, desapercibido por la vida. Incluso su manera de fallecer, imprevista, silenciosa, fue la de un hombre sereno y discreto, como si no quisiera llamar la atención ni en ese momento. Creo que si eso es lo que pretendía, lo consiguió absolutamente en las formas externas. A lo largo de su vida no levantó ruidos mediáticos, ni fue noticia permanente, ni aislada, en ninguna de sus actuaciones.

Sin embargo entre los que le conocimos realmente nos ha dejado una huella muy profunda y en ningún momento ha pasado desapercibido. Y menos aún en su salida.

Podría despedirme de miles de maneras pero me parece que la mejor, la más sincera en este caso, es decirle: “Hasta siempre, Carlos”, porque siempre estará en mí.

Valentí Puig

LA IMPORTANCIA DE CARLOS PUJOL

En escritores como Carlos Pujol el tono ha sido esencial, un tono que, siempre refractario a la demasía, busca en el “understatement” y la adjetivación sutil la razón de su literatura y de su moral. Tan buen conocedor de la literatura francesa, en la encrucijada entre la literatura del teniente —Stendhal— y la del vizconde —Chateaubriand— seguramente hubiese optado por la cordura del espíritu que representó Joubert. Al prologar los aforismos de Joubert, Carlos Pujol recuerda como en 1799 dijo: “Hemos filosofado mal”. Y añade que esta reflexión contiene toda la pesadilla, el desengaño y la amargura del fin de siglo. Digamos en honor de la literatura de Pujol que nada daría para catalogarla como hecha para un siglo. A lo sumo, contra un siglo. “Contra mundum”. Al salir de una de sus clases a mediados de los años setenta, le pedí cual era la mejor revista para seguir la literatura de aquella época, para estar al día. Sonrió: “No hay que es-

tar al día, hay que estar al siglo. Al siglo XVII, a lo sumo”. Estaba claro. Era, evidentemente, un criterio incorruptible. Vivir entre los hombres y participar en sus afanes, pero —como Joubert— sin identificarse con ellos.

Deliberadamente, hubo en Carlos Pujol algo de escritor secreto por no caer en las martingalas de un oficio que a menudo conduce, desde el encumbramiento advenedizo, al impudor y al ridículo. Revela su envés en *Tarea de escribir* como escritor que en el equilibrio entre la nostalgia y la ironía fundó una noción de piedad, venturosamente compatible con el fino humor. Apostó por el estilo frente al sistema. Por la convicción frente a la ideología. Por la fidelidad frente a lo oportuno. Confió en los libros ciegamente, si es que puede decirse así cuando se cree con la fuerza de una inteligencia íntegra y noble. Esquivo ante lo autobiográfico, deja retazos de sí mismo en la tipología del escritor que trasluce de toda su obra crítica. Escrutó la fic-